

## 1879, CIEN AÑOS DESPUES \*

Luis Jaime Cisneros

Quiero meditar aquí sobre el Perú de estos últimos cien años. Cien años son ciertamente una vida inserta en la tradición de la patria. En ese lapso se congregan virtudes y defectos, yerros y aciertos, días de sombra y días de luz. En la gran casa que es la patria han venido cambiando las cosas, y con ellas hemos venido nosotros mudando convicciones y costumbres. Al márgen de la casa han ocurrido, en otros sitios del orbe, transformaciones grandes. Graves contiendas han distanciado a las gentes. Ideas y palabras son hoy armas nuevas que han venido uniendo unas veces, o separando otras tantas, a hombres y pueblos. Cien años no son poca cosa ciertamente. La economía de hoy no es ni siquiera la de hace veinte años. El cosmos ha dejado de ser el misterio que nuestros abuelos cultivaron. La física de nuestra edad escolar no tiene nada que ver con la de Bohr. En este largo lapso hemos aplaudido o censurado, nos hemos disgustado hasta el colmo, así como hemos aprendido a recobrarlos de la tempestad. No hemos tenido tiempo, sin embargo, para pensar en los arquitectos primeros de esta morada, aquellos que hicieron posible esta tradición jubilosa de que participaron nuestros padres, y que se prolonga en nuestros hijos por gracia de nosotros mismos. Somos parte de la tradición: apenas un eslabón de la cadena. Una tradición es algo vivo que se renueva y se enriquece. Hoy son distintas las armas de nuestro ejército, como son otras nuestras preocupaciones y nuestras esperanzas. Los mapas de ayer son ilusiones ingenuas frente a la descarnada realidad de la geografía política de esta hora. El hambre no está en los mapas, pero dan testimonio de él las presurosas noticias cablegráficas, y son tristes los cementerios poblados en su nombre. Nadie ignora en qué medida el hombre quiebra hoy las ilusiones del hombre, y pone a

prueba aquí en el Perú nuestra condición de peruanos del siglo XX.

2

Somos conscientes de esto. Hemos aprendido, desde muchas nuevas perspectivas, que el Perú nos pertenece como legado y como tarea. No nos hemos conformado con lo que sobre nuestra historia decían los libros, sino que hemos hurgado en documentos, hemos inquirido a las personas, hemos renovado la cara textual del país, y por eso sabemos ahora a qué atenernos. Ahora sabemos por qué nos pertenece la historia, y nuestros vecinos toman nota de lo que esta certeza significa para el destino del continente americano. Todo ello es fruto de las distintas reformas introducidas en la casa. Hemos venido robusteciendo en cien años, nuestra línea de conducta. Somos ahora conscientes de que el Perú reclama todavía nuestro desinteresado y general esfuerzo. Para que seamos de verdad una comunidad, debemos intensificar la relación entre los varios componentes, pues el vínculo solidario y masificador que postule nuestra existencia solidaria no está aún asegurado. Para que constituyamos de verdad una república coherente, es indispensable organizar una evidente relación entre gobernantes y gobernados. Solo cuando esa unidad esté consolidada en los corazones, descubriremos que los héroes nos pertenecen de verdad y podremos sentirnos como propios, más allá de la metáfora y del gesto. Pero eso no está entre lo que ha de dárse nos por añadidura, sino entre lo que hemos de aprender a conquistar ahora mismo y por cuenta propia. Yo no me puedo ocultar, sin mengua de mi sentir republicano, que únicamente en un clima de libertad podremos descubrir nuestra capacidad y nuestra fortaleza, y reafirmarnos generosos y patriotas. Sólo en ese clima podremos reconocer, por sobre todas nuestras penas, las claras líneas que nos sostienen desde el pasado al presente, y miran al porvenir. Para sentirnos en la mejor línea heroica, en esa línea trazada por los hombres que ahora recordamos, ya fueran los generales ilustres, cuanto los simples soldados confundidos por la metralla, necesitamos aprender a construir conjuntamente la libertad. La gran recuperación urgente tiene ese nombre de la libertad. Cuando la

alcancemos como fruto de una general comprensión, aprenderemos a admirar la autenticidad de nuestros héroes y lograremos apreciar su mejor lección. Porque en las dictaduras el heroísmo es un triste pretexto, y nunca una hermosa lección de patria.

## II

Para un hombre de mi profesión, el contacto y el contraste frecuentes con la juventud suele ofrecer lúcidas confrontaciones que iluminan el camino hacia el porvenir. Por eso es natural que incorpore en esta reflexión a una juventud que conozco, y a cuya evolución he asistido como testigo excepcional durante treinta largos años. Estos treinta años son apenas un fragmento de los cien que nos separan de 1879. Pero son. En estos treinta años, el hombre social y los poderes de la técnica han alcanzado grados insospechados de sofisticación y han trastornado, como consecuencia, la imagen del mundo. Con ella, muchos ideales se han conmovido, muchas metáforas han perdido vigencia, y la razón ha ido imponiendo un rigor cada día más acentuado en el análisis de las circunstancias, de los hechos y los hombres. No importa que los libros presenten a la juventud como un ciclo biológico inevitable. El hombre joven, y el hombre joven del Perú contemporáneo, es clara invención de los tiempos modernos, en tanto que es producto generado por las circunstancias. Lo cerca el mundo burgués, que trata inútilmente de reducirlo a una larga y madurada adolescencia, sin dejarlo ser el que es. Pero nosotros no podemos desconocer la realidad. Y la realidad es que el Perú concreto de hoy, así como el venidero, pertenece decididamente a los jóvenes, que constituyen mayoría evidente según las estadísticas más depuradas. Sería grave ocultárnoslo si es que intentamos hacer frente a la verdad.

3

¿Qué importancia tiene esto, si quiero reflexionar sobre lo que nos deparan estos cien años transcurridos? La tiene, y grande. El progreso de la técnica ha tornado dudoso el prestigio de la experiencia, ha lesionado la antigua prestancia de los oficios, que hoy decaen frente al empuje con que

---

las máquinas resuelven ahora lo que hasta hace poco estuvo reservado al saber aprendido con esfuerzo. Los muchachos de hoy saben tanto o más que nosotros. Esto no puede ignorarlo un profesor. No pueden callarlo los militares, puesto que trabajan con soldados. Hasta hace pocos años, los muchachos salidos de la escuela se hallaban en el umbral de la actividad social, listos para dejarse conducir. La escuela era la obligada antesala. Ahora no. Ahora la actividad social los alcanza dentro de la escuela, y los sacude con todas sus variantes ideológicas y políticas; y eso explica que haya en nuestros jóvenes escolares muchos rasgos adultos.

4

Pues bien: todo esto dificulta en nosotros el ejercicio de una responsabilidad educadora. Todo eso hace difícil nuestra tarea. Ya no somos audiencia preferida, sino que resultamos en competencia con otras fuentes de información, para muchas de las cuales la sobriedad y el sentimiento no constituyen objetivos de comunicación. Entre las informaciones que frecuentamos los adultos está la información que tiene como centro a la patria. Esta información no es ciertamente la escolar, como no lo fue para nosotros, que la descubrimos en los labios fervorosos de nuestros mayores cuando eran otras las circunstancias, distintos los rasgos juveniles, y muy diversa la situación de la República. La información histórica está ahora sometida a crítica aguda y descarnada, porque se hace entre interlocutores que, aun cuando son adolescentes por la edad y por el estado de aprendizaje en que los sorprende nuestra conversación, resultan adultos en tanto que pertenecen a un contexto escolar penetrado profundamente por la vida y la realidad político-social. A muchachos que han reemplazado los 'posters' de Nelson y de Napoleón por los del evidente Che Guevara o del inspirado Camilo Torres, no podemos fácilmente convocarlos a considerar la figura del héroe, ni transmitirles nuestro más cálido fervor patrio. Más reciente es para ellos el heroísmo, ciertamente hermoso, con que la revolución nicaragüense ilustra diariamente las páginas del periódico.

Es asunto importante, y no hay que desentenderse de él.

---

Debemos tenerlo presente hoy más que nunca, si se trata de meditar sobre nuestros héroes. Sociólogos y educadores convienen en una afirmación tajante: a los muchachos de hoy, la 'historia' no les dice lo que nos dijo a nosotros cuando jóvenes. Falta en ellos la fuerza de voluntad, que fue en nosotros característica encomiable. La historia está para nuestros muchachos urgida de precisiones, y sólo quieren verla con ojos racionales y tristes anteojos lógicos. Quieren describirla, reducirla a una escueta hoja clínica, para formular luego apresurados diagnósticos. No se animan nuestros jóvenes a vivir la historia, a saborearla demoradamente. No es para ellos luz progresiva que va lentamente madurando a medida que desarrolla, sino estallido brusco que pasa. No hemos sido, por lo tanto, eficaces intermediarios de amor patrio. Al par que lo reconocemos, debemos esforzarnos ahora para que no ocurra lo mismo con la escuela. Y hay que impedir que pueda contagiarse de pareja indiferencia la vida del cuartel.

¿Qué significa esto? Que el mundo, para estos jóvenes nuestros, no *d e v i e n e*, no *continúa*: comienza ahora. Es un punto de partida que hace tabla rasa del tiempo. O sea, el cero absoluto. Eso explica muchas cosas: la desilusión política, las frustraciones vocacionales, la deserción escolar creciente, las crisis de adolescencia, los conflictos familiares, la indolencia frente al servicio militar. Los muchachos no ven en nosotros a 'sus mayores', en el sentido que el término alcanzaba antiguamente, y con la especial resonancia de que venía imbuído. Aclaremos: sus padres son *para* estos jóvenes ciertamente sus padres; pero eso es algo que tiene que ver realmente con la biología, y a lo sumo con el Registro Civil. *No somos sus mayores*, quiere decir que no somos para ellos 'su' historia, la parte de historia que los une con los evidentes abuelos y los entronca realmente con aquellos inevitables antepasados que lucen, en los marcos dorados de la sala familiar, brillantes charreteras y banda rojiblanca sobre el pecho. Con ellos, no. Nada con ellos. Eso pertenece al mundo inexplicable, a la frívola retórica de una vida social que ellos desconocen y desdeñan. Eso no es el pasado para ellos. Es el polvo o el frío silencio de un museo intocado por el alma juvenil. No lo digo con pena,

ni lo recojo con alarma. Lo expongo con toda serenidad, como una fría consignación de realidades.

6 En estos muchachos necesitamos hacer renacer el heroísmo, para ponerlos en aptitud de comprender lo que realmente admiramos en nuestros héroes. Ese heroísmo un tanto gesticular, explicable en el contexto histórico, es susceptible de sumir en la incomprensión a tanto joven que hoy resulta testigo de las actuales guerras de exterminio y de conquista, donde el impudor y la saña juegan con la libertad y la justicia y las ideas. Contemporáneos de Vietnam y de la experiencia de Allende, testigos de la guerrilla argentina, mudos observadores del secuestro y asesinato de Aldo Moro, admiradores del Comandante Cero, espectadores de los escalofriantes cuadros de Biafra, informados del corto prestigio de la primavera de Praga y de las constantes pruebas de que da cuenta el cable sobre la censura y la tortura de querer expresarse libremente, el heroísmo adquiere para ellos caracteres dramáticos, muy alejados de todo cuanto explica por qué celebramos hoy todos, con el honor debido, a quienes hicieron posible nuestro legítimo orgullo de peruanos. Repito: no lo digo para escándalo, porque —después de todo— somos lo que el mundo nos invita a ser. Lo digo para que seamos capaces de arriesgar varias preguntas interiores. Existe entre el militar y el educador un denominador común, puesto que ambos somos formadores de hombres. En el cuartel y en la Universidad se aprende a defender a la patria. A defenderla de los enemigos inmediatos, como son nuestra molición y nuestra improvisación. En el cuartel y en la cátedra buscamos, como en toda tarea educativa, que el hombre se encuentre a sí mismo por el camino de su propia realización, que es el que lo inserta en la línea que conduce al porvenir.

De mis maestros aprendí a ser neutral y desapasionado para ser veraz. Nadie ignora que el tema que hoy nos convoca, a cien años de aquel luto total de la patria, es dura prueba de fuego. A primera vista, se diría que no sabemos cómo ser neutrales y evitar que nos alcance la pasión. ¿Acaso no se puede ser neutral sobre lo que

ocurrió hace cien años? ¿Todo lo ocurrido en estos años no es, por ventura, secuela de cuanto en aquella hora infausta se gestó? ¿O sólo nos conmueve la especial coyuntura histórica en que evocamos aquella guerra? Sí, hace cien años de todo esto, y fue aquí ciertamente. Todavía está en pie la casa de Ricardo Palma en Miraflores, como testigo mudo de esa hoguera, y el *Huáscar* se halla en aguas extrañas, añorando antiguas dianas triunfales. Muchas de las calles empedradas de hoy se vieron ayer regadas por sangre de nuestros antepasados. Las lágrimas con que los tacneños siguen, año tras año, a la bandera conservan aún su fresca rabia dolorosa. ¿Se puede ser neutral actualmente en el Perú? ¿No nos acusarán, acaso, de indolentes o antipatriotas? ¿Hemos sido neutrales para juzgar a los nuestros? Toda la literatura de los últimos años, aparecida con ocasión de esta conmemoración centenaria, ha servido para esgrimir acusaciones implacables. ¿Hemos sido neutrales para juzgar a los chilenos? ¿No es verdad que en muchos corazones sigue durando la guerra? ¿No es verdad que esperamos que alguien abra todavía los primeros fuegos? ¿Por ventura somos ajenos al conflicto del canal de Beagle? Nos pasa con el país vecino lo que no ocurre con España. España nos dominó largas centurias, y para liberarnos de su dominación empeñaron la vida hombres valiosos del Perú y América. Pero no despierta España sentimientos oscuros, y sigue siendo la madre nutricia. En cambio, Chile sigue siendo el invasor. Todavía nos apesta la bota que irrumpió y devastó la Biblioteca Nacional, nos enardece con el mismo estremecimiento el recuerdo de las masacres de Arica, y seguimos perplejos ante el horror de los asaltos a Miraflores y Chorrillos.

7

Y sin embargo, insisto en la necesidad de ser neutral, por gracia de nuestra misión orientadora. No tenemos derecho a contagiar a la juventud de nuestra rabia ni de nuestros fervores. Debemos ayudarlos a hacer del Perú un país. Debemos enseñar a construir el porvenir con los aciertos y con los yerros de quienes nos precedieron en la tarea, ya fuese en la tempestad o en la calma.

---

Lo cierto es que hemos crecido mirándonos a nosotros mismos, preocupados tal vez por reconocer en qué aspectos de la vida repetíamos gestos de los héroes que los libros difundían, o por saber qué actos nuestros prolongaban (o tal vez justificaban) el holocausto. Hemos crecido comprobando que la guerra no había terminado con el laudo Coolidge en el 25, ni con el Tratado que en el 29 firmaron Rada y Gamio y el embajador Figueroa Larraín. A nosotros no nos escarapelaron los cañones, sino los documentos. Por eso sufrimos con otro ritmo, y fue otra nuestra desazón, y fueron nuevas (por desconocidas) nuestras palabras de protesta. No se puede, entonces, ser neutral. Entonces nos proponen ser objetivos, que es otro modo de engañarnos. Sin embargo, no me atrae analizar aquí errores ajenos, ni prolongar acusaciones que formularon en su hora historiadores, sociólogos y estrategas con solvencia que me falta. Estoy aquí apenas como ciudadano interesado en los problemas peruanos de mi tiempo, y responsable por la formación de muchas generaciones. Tampoco quiero disminuir el horror de la masacre, ni tengo palabras piadosas para perdonar lo imperdonable, ni estoy dispuesto a olvidar lo que un peruano no debe olvidar. La misma rabia de los ciudadanos de ayer se junta en mi garganta para decir mi condena y mi protesta. Pero la patria que debemos construir civiles y militares impide solicitar venganzas y azuzar rencores inconfesables. Lo mucho que el país ha sufrido nos obliga a ser precisamente lúcidos. Corremos el riesgo de acceder a la improvisación y caer en la torpe retórica. Somos conscientes, sin embargo, de que debemos impedir asomos de indolencia, que son el anticipo de la derrota moral.

En los umbrales de este centenario se ha desatado un fervor histórico encomiable, y se ha comenzado por revisar, con ojo crítico moderno, la antigua documentación. Se ha hurgado la verdad por todas partes. Es importante advertir que cuando se busca la verdad en el pasado, no nos mueve la gana de descubrir "cierto aspecto de la realidad". Hay algo más, urgido por nuestra mejor pasión: "Sin duda, el apetito de conocer el pasado se despierta en otras zonas más profundas del espíritu, que no

son las del intelecto puro; una inquietud inevitable lo suscita, una inquietud que nace en las mismas fuentes que las preocupaciones últimas de la existencia, y que se patentiza cuando el espíritu se siente a sí mismo como conductor del propio destino y advierte la urgencia de tomar posición frente a un problema capital" (Fromm). La guerra del Pacífico sigue siendo para nosotros problema capital. No vamos por eso al pasado, y menos a este inmediato pasado centenario, a buscar datos concretos de su fisonomía, por mera curiosidad erudita; sino que vamos a hallar explicación a este escozor que recorre nuestro ser nacional, porque necesitamos abrir las ventanas para el futuro. La conciencia histórica renace al llamado de graves contingencias. Y si a uno y otro lado de la frontera, 1979 agudiza sus aristas con matiz diverso, un esclarecido esfuerzo nos debe llevar a comprender que lo que ata a los pueblos en lo porvenir es ciertamente más decisivo y duradero que lo que pudo —en algún hiato histórico— separarlos. El futuro nos atrae y nos inquieta. Ese futuro no depende ni siquiera de la eventual expresión de las urnas, que han sido nuestra más constante frustración. Ante nosotros se abre otro Perú, cuyo porvenir se insinúa oscuramente amenazado por varios caminos que pretenden, unos con detrimento de los otros, convertirse en el único sendero de la comunidad nacional. Por eso la sombra de los que, cien años atrás, fueron testigos de nuestro dolor y de nuestra derrota, es propicia para una meditación. Ellos nos dieron con su sacrificio una gloria que no hemos ameritado suficientemente.

### III

¡Los héroes! De héroes y santos está plagada la historia del Perú. Pero las agencias de turismo sólo nos proponen visitar el sillón de Santo Toribio, la ermita de Santa Rosa, la celda de Fray Martín, cuando no nos incitan a perdernos en la vasta reciedumbre granítica del Incario. En los museos se pierden entre impenitentes curiosos la casaquilla de Grau, alguna olvidada prenda de Bolognesi, unas líneas presurosas del general Cáceres. No visitamos nosotros sus tumbas, aunque realmente sus nombre viven asociados a

---

claras y rotundas celebraciones castrenses. Día de la Marina. Día de la Artillería. Día del Ejército.

10

Los héroes están ahí, para modelo y para escándalo. Nos los proponen como un patrón de sociedad. Integran el plano de la educación juvenil: son formas que los jóvenes deben imitar, modelos de actitudes que deben prolongarse: prototipos. Son la historia. Los antiguos los glorificaban. La historia es a veces dramática, y para acentuar el *vivificare* justifica introducir en el relato la presencia del héroe y de sus aventuras. Nadie se escapa, ni en Oriente ni en Occidente. Héroes reales o inventados, grandes o diminutos, accidentales o permanentes, la historia termina por dar cuenta de todos. Claro es que algunos viven agazapados en los archivos actuales de los ministerios de propaganda, o en las oficinas estatales de información, para cumplir un vasto plan de adoctrinamiento y para falsear la historia. La estatua que se hacía erigir el antiguo dictador romano ve hoy multiplicada su eficacia con las litografías que utilizan los dictadores modernos para inundar pueblos a los que no llegan el pan ni el tren, pero sí la puntual policía política. Estos son los héroes de escándalo, que repugnan al pueblo que ha aprendido a descubrir en su propio prolongado dolor el rostro verdadero del héroe cabal. Es que nada conspira tanto contra el héroe como las artimañas del Estado moderno, que echa mano de todo. Tiene la prensa, tiene la radio, tiene la televisión, y cuenta siempre con la pronta y audaz ayuda de los aduladores palaciegos. La historia moderna suelen deformarla, a espaldas de los historiadores, los allegados al poder. La vida contemporánea gira en torno del poder. El poder obnubila, oscurece la razón, abre ventanas inesperadas a la audacia. Ocurre que el conductor cede, a veces, a la tentación y se inserta en la línea de los grandes, como si el figurar ahí fuese fruto de la autodeterminación, y no faltan quienes intentan dar visos de justificación histórica a lo que sólo es fruto de la casualidad o la catástrofe.

\* \* \* \*

¡Qué distintos, para felicidad de nuestra sangre, el heroís-

mo de Grau, la ejemplaridad de Bolognesi, el gesto silencioso de Alcides Carrión, que rinden su vida silenciosamente, sin auxilio de la propaganda! Cómo reconforta comprobar que aquellos minutos preciosos de su gloria mueven cien años después a nuestra gratitud y nuestra admiración. Cómo es verdad que nos enorgullece advertir que ese heroísmo auténtico todavía despierta nuestro orgullo, convoca a nuestras lágrimas y justifica el que podamos sentirnos de veras invencibles.

Claro es que debemos movernos con cautela. El concepto heroico sufre a veces sus embates. Los libros disertan hoy sobre el prestigio de la sociedad de masas. El conductor moderno surge de la masa y se enfrenta a ella. No necesitaron justificarse ante las masas ni Aníbal ni Napoleón, como no lo necesitan los héroes cuyo centenario celebramos. El heroísmo que ahora nos congrega no tiene nada que ver con el poder, ni con la política ni con el Estado. Por eso nuestra meditación es completamente aséptica. Se relaciona con una dimensión distinta, no mensurable en los mapas. En esos mapas que los Estados Mayores trajinaron para defender sus fuerzas, y sobre los cuales diseñaron los generales su estrategia, no surgieron los venerados nombres de Grau y Bolognesi, que estaban amasados en sangre y acero. No necesitaron la presencia de masa alguna para asumir su gesto hermoso, ni para perdurar en la memoria de las gentes. Nosotros hemos venido después, y ya no los abandonamos: menos ahora, en que si es verdad que no están ellos aquí físicamente, se han quedado en cada uno de nosotros y brillan en cada espada, refulgen en las bayonetas de nuestros soldados, se confunden con el sol clavado en el horizonte. Ahora es cuando más los necesitamos. En un país entregado a la indolencia y al olvido, es importante. En un país cuya juventud no canta con entusiasmo, ni vibra al son de las marchas militares, es necesario recordarlo. Hubo hombres excepcionales en el Perú, y debemos pregonarlo. No fue privilegio del uniforme el heroísmo, ni el campo de batalla la sola tierra propicia para su aparición. En este centenario no debemos olvidar, por ejemplo, el silencioso heroísmo civil de Francisco García Calderón, que paseó su indómita

altivez patriótica en medio de minuciosos vejámenes del enemigo, durante su prisión chilena, y fue testigo de excepción del estado de ánimo del adversario. En sus *Memorias del cautiverio* podemos leer cómo se encendieron de tal modo las pasiones que en Chile “se encontró bueno que se hiciera al Perú todo el mal posible”:

“se miraba como delito de lesa patria, no siquiera la censura de las atrocidades de que el Perú era víctima, sino hasta la comunicación frecuente con peruanos. *Está peruanizado* era el agravio mayor que podía hacerse a un chileno”. (*Memorias*, 86).

Con estoicismo ejemplar soportó la humillación este ilustre prisionero, precio de su tarea y hermosa obstinación de no firmar tratado alguno que entrañase cercenar el territorio. Héroe civil de la resistencia, extraordinario temple de hombre.

12

Y de salvar al hombre se trata en estas horas del mundo. Porque el Estado ha crecido hasta adquirir monstruosos caracteres en los últimos tiempos, y ha arrinconado al hombre, el que en verdad pierde guerras y gana batallas, y el único capaz de incurrir en la gloria porque está en aptitud de apreciar el gesto de los grandes y repetirlo en el tiempo. Me interesa reivindicar al hombre, y es la esencial tarea de los peruanos en este centenario. Ahora que todos los asilos del espíritu han sido bloqueados, nuestra fe en los héroes postula nuestra indeclinable fe en la valiente condición humana. Irán y Nicaragua postulan esta urgencia. Porque si recuperamos al hombre, habremos recuperado la esencia de nuestros héroes. En libro memorable publicado en 1907 analizaba proféticamente nuestra condición Francisco García Calderón, hijo del presidente prisionero. Ruina del hombre y ruina del Estado, decía su diagnóstico. Falta de constancia. Quiebra de la voluntad. Muchas explosiones de entusiasmo, y falta de un sistema para la acción y para la vida. Quebró esa contienda la armonía americana, y no inauguró ciertamente, a uno ni a otro lado de la frontera, la deseada paz social. De esos frescos y antiguos escombros necesitamos recobrar, civiles y militares, la conciencia de que somos un país. Cien años

hemos tardado para realizar esta hazaña. Ha sido necesario sufrir mucho en la carne y en el espíritu. Por causa de la indolencia, ha crecido el número de analfabetos, y hemos olvidado el oportuno cumplimiento de nuestros elementales deberes militares. Este centenario, de alguna manera repara muchos daños al devolvernos la conciencia clara de la patria inexpugnable. Vamos aprendiendo a desterrar el patriotismo retórico y declamatorio, y a asumir una actitud crítica que al mismo tiempo que juzga el pasado con mente clara, acrecienta la fe en el porvenir y hace posible el diálogo con los jóvenes, que son la patria en marcha. Nos importa saber qué ha ocurrido para aprender a reconocer qué somos, qué queremos y adónde vamos. Debemos evitar el despotismo y eludir la demagogia, los dos extremos vitandos del poder. Para ese lúcido esfuerzo de la inteligencia nos bastan unos pocos hombres no visitados por la vanidad, seguros ya en la gloria. Queremos contagiarnos de heroísmo, y la vida nos permite participar de aquel que fue privilegio de nuestros mayores. La participación es la base de la vida social y ofrece, como quería Mariano Iberico, “la posibilidad anímica que permite a los hombres respirar una atmósfera común de emoción, de esperanza, de terror, de amor”. Si en una casa tacneña firmó un día Bolívar, sobre un ejemplar de Cervantes, la orden de fusilar a Don Quijote, para que ningún peruano intentase imitarlo jamás, deberíamos hoy acudir todos a presenciar su resurrección, porque así comprobaríamos que por hallarnos todos felizmente reunidos en la veneración de los héroes, el país ha adquirido por fin la dimensión de la morada apetecida.

#### IV

¿Pero qué tienen que decir estos héroes, a hombre como nosotros? La adolescencia de quienes hoy tienen cuarenta años, no cultivó en el Colegio sentimientos especiales por la guerra del 79. Esto fue sólo una noticia de los libros, y a lo sumo, un esclarecido tema de las composiciones escolares. No eran los vecinos del Sur los que ocupaban la atención de aquellos estudiantes. El gobierno de entonces tenía comprometido su prestigio en la campaña del Norte,

---

sobre la que los estudiantes oían noticias y conversaciones, y a la que dedicaban pródiga información las páginas del periódico.

En cambio, para quienes los antecedemos en el tiempo, la historia se nos da de otra manera. Lo sabemos bien. Ninguno de nosotros puede ocultar lo que fueron conversaciones ciertas de nuestra infancia. De algún modo nuestros padres pertenecieron a la generación de 1905, y su gravitación en la vida política y cultural del país obligó a que nuestras horas juveniles estuviesen atravesadas por recuerdos lacerantes. Para nosotros, esa guerra no fue una obligada evocación escolar, confundida con datos que sobre otros continentes propiciaba el estricto Malet. La guerra del 79 significó ciertamente algo más: era la conversación de sobremesa, era el impensado e involuntario internarse por la biografía familiar. Los abuelos habían sido arruinados. Algo habían tenido que hacer nuestros padres con las armas y con el dolor nacional. Crecimos rodeados de testigos en quienes no había amainado el dolor, y para quienes el olor de la sangre estaba aún fresco. La formación escolar nos fue internando en la realidad de la tragedia con especial crudeza. Podíamos jugar a esa guerra, a fin de que en nuestra fervorosa ilusión pudieran ganar los peruanos en los corrillos y en las plazas. Aprendimos a recitar versos inflamados como un modo de aprender a amar a la patria en la música de la lengua que pronunciaba su mágico nombre.

14

La literatura y la política nos ofrecieron nombres ante los que no podíamos permanecer indiferentes. La infancia dolorosa de nuestros padres sólo tenía como explicación la infausta conflagración. Adelanto apenas algunos ejemplos significativos. En 1933, José Gálvez, maestro y parlamentario de prestigio indiscutible, recordaba sus jornadas infantiles:

“Viví de niño una época amarga para mi país, a raíz de la guerra. Pobreza, desencanto, melancolía eran las notas de la ciudad. . . Dentro de aquel ambiente doloroso había una poesía intensa. . . Se vivía, como contraste a los dolores sufridos, de remembranzas. . . En esa atmósfera de ciudad

antigua y detenida, la imaginación se llenaba de consejas amables y compensadoras”.

Por esos mismos años, agradeciendo un homenaje de la Universidad del Uruguay, Luis Fernán Cisneros, diplomático y periodista insigne de esa generación, trazaba el siguiente perfil:

“Los hombres de mi generación crecimos bajo un signo sombrío. El Perú, salido de una guerra internacional de cuatro años, cargaba entonces el amargor del desastre. Habían sido inútiles el esfuerzo de la improvisación militar, el desplante de la heroicidad consciente y hasta la epopeya legendaria de Grau, dominador griego del mar desde su minúscula nave capitana. . . Hondas cavilaciones llenaban el cielo y silenciaban los pasos”.

Claro es que en el mundo intelectual se acusaban los testimonios mejores, y por eso la poesía melancólica o la épica recogen documentación ejemplar de ese estado de ánimo. Oigamos a Valdelomar confesar aquí su tristeza:

“Mi infancia, que fue dulce, serena, triste y sola,  
se perdió en la paz de una aldea lejana,  
entre el manso rumor con que muere una ola,  
y el tañer doloroso de una vieja campana.”

15

Es que la historia literaria va de la mano con la historia civil, según supo intuirlo el viejo don Marcelino. Alusiones a la *niñez taciturna de niño que no juega* se denuncian en algún *Nocturno* de Chocano, a quien podemos leer, en sus *Memorias*:

“Mi niñez fue la guerra del Pacífico. . . Yo no pude ser niño. Fui prematuramente hombre. . . Yo no corrí, yo no reí, yo no jugué, yo no tuve propiamente niñez”

Y cuando Francisco García Calderón publica en París el libro inaugural de nuestras meditaciones cívicas, *Le Pérou contemporain*, reconstruye el período de 1886-95 calificándolo de “triste y monótono”, y arriesga la descripción siguiente:

“El crédito ha sido aniquilado. La moneda alcanza con dificultad su valor antiguo. El Estado tiene ante sí una tarea

---

enorme de reconstrucción, de control y ayuda. El individuo está aplastado por el desastre. El pesimismo resulta ser la filosofía del momento. . . Y en este caos producido por el choque de tantas tradiciones, descorazonamientos y esperanzas, nadie adivina por dónde ha de asomar el renacimiento’.

16

No tenemos cómo afirmar, en 1979, que ese renacimiento haya llegado. El texto de García Calderón anuncia que todavía en 1905 estaba vivo el sentimiento de la contienda. Ese año se inauguró el monumento levantado a la gloria de Bolognesi. Quien recorra las revistas ilustradas de la época, y quien siga los pasos de la peregrinación que desde Iquique acompañó al magnífico argentino Roque Sáenz Peña, descubrirá abundantes testimonios del fervor ciudadano ante el general Cáceres, cargado ya de patillas gloriosas y ungido por la veneración ciudadana. El propio Sáenz Peña calificará más tarde de “conmoveror” el recogimiento reinante en tales ceremonias; y más tarde confesará su perplejidad “por la expresión elocuentísima de un movimiento nacional manifestado en forma tan obligante por actos tan honrosos como excepcionales”. Basadre recuerda similar emoción en la ceremonia con que, tres años después de éstas que ahora evoco, se inauguró la Cripta de los Héroes (*Historia de la República*, T. VII; p. 3419). Todavía estaba, pues, fresca la devoción, y ahí el amor patrio se traducía en el acendrado “propósito de no volver a incurrir en los errores y en los pecados que habían costado el sacrificio de tantos hombres buenos”.

Todo ello lleva a preguntarnos, con la ingenuidad de un confundido profesor que no es sociólogo, ni economista ni estratega, pero que comparte con muchos graves responsabilidades frente a la juventud, si esta general coincidencia de voluntades, en que nos juntamos tantas generaciones de ayer y de hoy, tantas disímiles voluntades y tan varios modos de querer a la patria, puede ser anuncio de un sentimiento melancólico, o debe entenderse como la rabiosa confirmación de que insistimos hoy en cometer algunos de los mismos tristes errores que la historia ha condenado. Si algo hemos de aprender en esta conmemoración, es a mirar sin sombras el claro porvenir.

No tenemos miedo a la historia, los hombres que pisamos el medio siglo. Abrimos las puertas para analizar, confiados, sin falsos rubores y sin asomos de arrogancia, la verdad de la historia que nos toca. La asumimos. No nos negamos ni una sola verdad, ni nos retaceamos información alguna. Sabemos que sólo la verdad ayudará a comprender al Perú, acercándonos al mañana con el sosiego debido y el decoro necesario. No es fácil hablar sobre lo que nos han deparado estos cien años, en que la paz estuvo siempre refugiada en solemnes y obsoletas declaraciones oficiales, y los pueblos todos han vivido en acecho, con las heridas abiertas a todos los vientos. En cien años hemos adquirido una mejor inteligencia del Perú y se ha perfilado con nitidez nuestro destino. Al margen de la historia escolar, ahora sabemos ver que la historia real de los hechos económicos y sociales, y la vida real de los hombres comprometidos con las teorías políticas, han ido abriendo mejores cauces para una apreciación depurada de esta guerra antigua, y constituyen así lo que Pablo Macera ha calificado como “una forma de conocernos a nosotros mismos”. Lo importante de volver a los nombres de Bolognesi y de Grau, de Cáceres o de Piérola, está en que nos enseña cómo somos nosotros mismos. Por eso tenemos hoy nueva idea de lo que el civilismo significó como alternativa, tardía y equivocada, en el país. Comprendemos mejor cómo la clase dominante ha perdido la última y reciente oportunidad. Y si descubrimos ahora que el nombre de Piérola (teñido en nuestra juventud de soles aurales) agita y divide a nuevos adeptos y a nuevos detractores, es porque cien años no han transcurrido en vano. Ha promovido este centenario patéticas revelaciones de nuestro ser nacional. Es una verdad proclamada que el país está necesitado de planificación. La geopolítica y la estrategia moderna nos enseñan que la previsión es un modo de poner los pies en el porvenir: un modo político, es decir, económico, social y ciertamente militar. Sabemos por fin, a cien años de aquel eclipse, reconocer en los jóvenes que hoy anuncian el flujo incesante de la patria eterna, la posibilidad de realizar la promesa vaticinada por Basadre, sin odios ni rencores.

---

Y tiene que ser con los jóvenes. Nosotros no somos todo el Perú. Una inmensa población juvenil nos sobrepasa. Algunos han adquirido hace poco carta de naturaleza civil, e integran otros vastas legiones de estudiantes. El Perú es una promesa incesante, que se repetirá en el tiempo. ¿Qué vamos a decir a los jóvenes sobre este centenario? ¿Qué tarea les vamos a proponer, qué gesta heroica vamos a emprender con ellos? Ellos constituyen el objeto de nuestro afán. Están destinados a perfeccionar la promesa. Ahora estudian en la Universidad, o aprenden a servir a la patria en los cuarteles, o le abren surcos nuevos trabajando en las fábricas o arando los campos. Me pregunto si vamos a predicarles el análisis, a sugerirles la justicia, o a proponerles la venganza. Detrás de los jóvenes, un vasto mundo infantil espera su turno, repitiendo con alguna inocencia los nombres venerandos con evidente unción. Esos niños nuestros no juegan en las plazas a una guerra con Chile, ni evocan en sus correrías las jornadas en que tanto peruano se inmoló por la bandera. Los héroes de sus inocentes juegos infantiles son siempre los de la más reciente serie televisiva. Hoy son los comandos de Garrison, o los cañones de Navarone; episodios ajenos y lejanos, que prueban que la guerra real y próxima inmediata es asunto alejado de sus mentes y de su ambiente. En los cuartos juveniles luce la efigie de luchadores sociales de los últimos tiempos, cuando no se exalta la de pensadores europeos que encarnan determinada ideología. Y no se diga que desconocen nuestros muchachos la guerra, cuando ni un peruano de veinte años puede ufanarse de haber crecido en un mundo desvinculado de la injusticia y la traición.

Pero en estos jóvenes no se advierte una pronta aptitud para la vibración y la emoción patrióticas. Falta entusiasmo en los cantos, y no hay energía en la voz. La convicción arraigada de la patria no parece nutrir el vigoroso ademán, Y a nosotros corresponde, de algún modo, contribuir a generar ese sentimiento. La magia verbal de nuestros hombres de letras pudo lograr ese necesario encantamiento de las almas. Y evoco, como homenaje a Enrique López Albújar, un pasaje de sus *Cuentos andinos*, escrito casi

sesenta años atrás. La historia de Aparicio Pomares, campesino de Chupán, anuncia cómo había la guerra penetrado en el corazón de nuestros indios. La llegada a Huánuco de un grupo chileno remueve en Pomares el recuerdo de cuando lo enviaron a pelear, recién reclutado por el ejército. Describe cómo fue llevado a regañadientes: nadie sabía para qué era ese cargamontón. Pero tal vez lo diga con elocuencia el propio protagonista; y así se lo cuenta a su jefe Cusasquiche:

“—No, Cusasquiche. Cómo voy a olvidar si conmigo ha pasado eso. . . Y en el sur, una vez que supe por el sargento de mi batallón por qué peléabamos, y vi que otros compañeros, que no eran indios como yo, pero seguramente de mi misma condición, cantaban, bailaban y reían en el mismo cuartel, y en el combate se batían como leones, gritando ¡Viva el Perú! y retando al enemigo, tuve vergüenza de mi pena y me resolvía a pelear como ellos. Y como oí que todos se llamaban peruanos, yo también me llamé peruano. Unos, peruanos de Lima; otros, peruanos de Trujillo; otros, peruanos de Arequipa; otros, peruanos de Tacna. Yo era peruano de Chupán. . . de Huánuco. Entonces perdoné a los mistis peruanos que me hubieran metido al ejército, en donde aprendí muchas cosas. Aprendí que Perú es una nación y Chile otra nación. . . Y aprendí que cuando la patria está en peligro, es decir, cuando los hombres de otra nación la atacan, todos sus hijos deben defenderla. Ni más ni menos que lo que hacemos por acá cuando alguna comunidad nos ataca”.

19

El Perú era, pues, una hermosa y gran comunidad. En estas palabras se le revela la patria al campesino de Huánuco, y en ellas se plasma el llamado de todas las sangres a integrar la nacionalidad, que habrá de consagrar más tarde nuestra literatura en la obra de Arguedas. La voz de esta patria que acaba de abrírsele en vertiente gloriosa al indio de Chupán aparecerá luego simbolizada en la bandera. Pomares morirá abrazado a ella, y la escena renovará su conciencia guerrera:

“Compañeros valientes: esta bandera es Perú; esta bandera ha estado en Miraflores. Véanla bien. Es blanca y roja, y en donde ustedes vean una bandera igual estará el Perú. Es la bandera de los que vivimos en estas tierras. No importa que allá los hombres sean mistis y acá sean indios; que ellos sean a veces pumas y nosotros ovejas. Ya llegará el día en que seamos iguales”.

---

Cuando nuestros hijos realicen la gran promesa, estas palabras habrán adquirido sabor a gloria y profecía. Por el momento, esto es lo que debemos remover en el sentimiento juvenil.

20

Y hoy más que nunca es necesaria esta reflexión. El panorama que avizoramos lo exige. 1979 es año clave para nuestra conciencia peruana. Las generaciones actuales leen noticias frescas: la guerra no es una perdida noticia de los libros escolares, sino que parece cosa del inmediato ayer. Las reclamaciones bolivianas anuncian en los foros internacionales la disconformidad de todo un pueblo. Otra vez estamos alertas a ambos lados de la frontera. 1879 es tentación para el recuerdo y espejo para lo porvenir. El periodismo se ha convertido en literatura de empuje, y por eso un nuevo género asoma con éxito desusado. Un género novedoso recurre hoy a procedimientos a ratos endeudados a la técnica del cinematógrafo, a veces embebidos en los recursos periodísticos de los corresponsales de guerra. Mas de tres libros se han escrito sobre esta guerra del 79 en los últimos años. Son como un gran reportaje que la posteridad hace aquel año trágico, desde el tribunal implacable del tiempo. ¿Es esto literatura o historia? Dejemos esa discusión para los empeñados en la teoría de laboratorio. Es la guerra, en manos de un hábil cronista. La guerra del Pacífico atarea desde años atrás a Guillermo Thorndike. En la gloria de Angamos cerraba sus páginas el primer volumen de la serie, cuyo título ostentaba precisamente la fecha clave: 1879. El segundo volumen culmina con el cambio de gobierno posterior al magro triunfo de Tarapacá. El tercero adquiere dramática vigencia, en el umbral de este año mágico: *Vienen los chilenos* ve la luz poco antes de que una descarga de fusilería castigase una traición insensata, en alguna infeliz madrugada. Los libros de Thorndike han tenido una virtud singular: han cogido de la mano a las generaciones en el poder, descendientes directos de quienes mordieron el polvo de la derrota, por cuya sangre circula todavía el dolor o la gloria de los héroes. Tratan del pasado, sí. Pero tal vez no es el pasado. Es el pasado, pero Thorndike se encarga de mostrarnos que es también el presente aprendiendo a no repetir mañana los involuntarios

errores de ayer. Ante nosotros está la historia viva, con pormenores que a veces pueden inducir al escándalo. Es que al revivir todos juntos las peripecias de nuestro común destino histórico. Así aprenderemos a depurarnos de falacias patrioteras.

Sé que cuanto digo es grave, y no me oculto la responsabilidad que me alcanza. Pero tengo clara conciencia de que, en función de ella, debemos hablar claro. Es lo menos que puede pedirse de un profesor. Los estrategas saben hoy que las armas no son los únicos pertrechos bélicos. Lo son también las ideas que animamos, las penurias económicas que padecemos, los avatares políticos de un pueblo en continua ebullición. Tal vez la mirada sagaz hacia esos rincones desconocidos del pasado ayude a explicar mejor la derrota de cuanto podrían conseguirlo los puntuales partes militares. Y tal vez todo ello nos prepare lúcidamente para descubrir, en el contexto de nuestros contemporáneos, el exacto sentido que para los peruanos tiene este centenario.

21

Los libros de Thorndike han obrado, así, de palanca propulsora. No hubo libro de historia que nos dejase ver este lado de la contienda. Con la ingenuidad con que uno suele encarar estos asuntos bélicos, pensábamos que los hombres eran lo más importante en la guerra. Pero ahí están las cartas que jefes y soldados envían desde los varios frentes, para penetrar la escena de un tono sentimental. Ahora leemos las crudas pruebas de que ciertamente son más urgentes los cañones que las ambulancias, y bien pueden desangrarse los soldados en espera de que la patria los alcance con el laurel de la inmortalidad, mientras el telégrafo asegura la presencia de evidentes cañones en frentes muy precisos. Situados en esa perspectiva, los libros de Thornidke descorazonan, y el lector se siente a ratos desmoralizado; pero es oficio de la guerra desmoralizar y encorajinar, según el vaivén de la contienda. No en balde es cosa de hombres, y los hombres son pasibles indistintamente de miedo o de coraje. La gloria de los héroes no se forja sino en ese medio, y precisamente eso permite esculpir su grandeza. De otro lado, la gloria alcanza a todos por igual, con uniformes o sin él. Junto a los nombres de

---

esclarecidos guerreros perennizados en el bronce o en los libros, reconocemos el valor de puntuales cirujanos y de trejos soldados anónimos, cuyas manos encorajinadas empuñaron valientemente el acero en defensa del Perú. Una mayor fe nos ha crecido al ampliarse el estrecho marco que habíamos acordado al heroísmo, y podemos ahora oír con nitidez aquella invocación del indio Pomares en Chupán. Junto a los nombres indispensables, otros vienen hoy a juntar todas las razas, todas las esperanzas, las ilusiones todas de una patria fecunda. Thorndike procura mostrarnos que en sus libros no hay más protagonista que la guerra misma. Es la circunstancia total de la contienda; es la general peripecia en que estaba empeñado el país entero; son las órdenes febriles en la cubierta de los barcos, el silencioso cavilar de los comandantes en las tiendas de campaña, la zozobra en el batallar que angustia a tanto corazón, mientras sus manos perforan la tierra para fundar las barricadas. En ese inmenso escenario se va hilvanando con lenta seguridad nuestra derrota.

22

Esta lucha entre la realidad y la ilusión, ya sobre la polvoriente cubierta de los navíos de guerra, o bien sobre los desafiantes edificios que la metralla ha desperdigado sobre el Morro, de los que va a emerger impávido el terco y estricto Bolognesi, con el ojo clavado ya en la gloria y con la voz lista para articular la consabida decisión, constituyen el cuadro vivo del drama. Y si me esmero en tanto detalle es porque, al fin y al cabo, el libro está escrito por un contemporáneo nuestro. El marco es más amplio para el heroísmo, y debemos reconocer en ello un ingrediente moderno, que perfila una desusada imagen de la patria. La literatura había exaltado hasta aquí a los héroes, pero había rechazado la épica. Thorndike busca ahora trazar la imagen del pueblo que hizo la guerra, del pueblo que fue soldado y testigo de los hechos en cuyo escenario pudo el héroe ofrecer vivo testimonio de su ejemplo. Si el *Huáscar* es ubicuo, claro es que un grupo de hombres cumplió las órdenes de quien concibe la estrategema. Son varios, pero creen en él; y en Grau participan del fervor que anima y cristaliza la operación. La participación gregaria en el fervor de los jefes es indispensable. En el Morro hay gente

que sabe transmitir su afán, y en sus corazones piensa sin duda el aguerrido soldado que asume las palabras que la posteridad recuerda. Son ellos los que, en escena macabra, levantan la copa para brindar por el holocausto próximo. Todos ellos son el Perú que este centenario evoca. No se trata de postular demagogias patrioteras. Si las batallas se ganan con soldados y hombres fervorosos, esto fue lo único cierto con que contaron nuestros jefes de 79, pues no fue por abundancia de pertrechos y dinero que perdimos la contienda.

Por eso se impone nuevamente la pregunta. Debo preguntar en voz alta si la guerra del 79 pertenece al pasado. Se diría que es una perogrullada. En la dinámica de la historia peruana, la guerra —impulsando, conservando y renovando la vida de quienes en ella sucumbieron— sigue nutriendo en algunos peruanos la idea de una oportuna revancha, y es hoy mismo pretexto de esta severa audiencia castrense. La guerra *no está* en el pasado; sino que es el pasado hoy más que nunca claramente actualizado por el centenario. Nadie se ocultará que hemos estado esperando estas fechas. Hemos venido especulando con ella. Ha sido sordo cálculo para muchos intereses, caldo de cultivo de muchas aberraciones, sordo pretexto para entendimientos políticos en cada uno de los países comprometidos con recuerdo. Nadie puede alegar inocencia. Nadie puede arrojar la primera piedra. Nos concierne a todos. Todas las generaciones peruanas están comprometidas en el reto. No es un privilegio de nuestra generación, y sería muy triste error forjarnos ilusiones al respecto.

23

Sí, la guerra es el pasado. Pero este pasado no es el recuerdo. Es decir, no se confunde con lo vivido por nosotros. No ocurrió la guerra en nuestra infancia, ni se empeñaron en ella nuestros amigos compañeros de colegio (lo que podría explicar que un temblor acogiera nuestra evocación). Es el pasado. Un pasado lejano, encallado más allá del recuerdo. Y sin embargo no nos han matado el amor, que es el que impide el olvido. Por eso paradójicamente la guerra se confunde con nuestra infancia, y es parte de nuestra infancia; porque son los retratos de los

---

héroes venerados por nuestros padres, que ellos nos enseñaron a querer y respetar. Está todo distante, es cierto; pero es verdad que vemos claramente su influjo. Lo que no fue posible advertir en su momento alcanza ahora, cien años después, luz nueva en el horizonte. Otras guerras ha librado América, de entonces acá. En otras graves contiendas ha vivido empeñado el mundo. Y al pensar en ellas, reparamos que el pasado a que pertenecen nada tiene que ver con este otro del 79, que nos toca la sangre. Ahora nos duele que no puedan ver los hombres de entonces cómo nos afecta todavía, que tanto muerto amado descubra nuestra pena actual por no haberlo podido asistir con tiernas miradas de gratitud en su agonía. Y porque todo eso nos duele, comprendemos que la guerra ha terminado ciertamente en el registro de la historia, pero mantiene encendidas las lámparas de nuestro vigilante corazón.

24

Difíciles son las horas en que este centenario nos sorprende. Lo son para América y para el mundo. Las nuevas generaciones no logran ver cuán efímera es la contienda ideológica, y cómo puede el entusiasmo cegar la clara y serena visión de la patria, cuya raíz no reconoce más ideología que la que postula la libertad del hombre para crearse su destino. Horas difíciles, en que reivindicaciones de toda índole pugnan por convertirse en propósitos de gobierno. Más difíciles serán las horas por venir. Necesitamos sobreponernos a toda contienda circunstancial, y hacer de estas fechas buen pretexto para renovar nuestra fe en el Perú. País dividido por la lengua y merodeado por el recelo. País donde el hambre tiene también comarcas apetecibles. Donde la enfermedad es demagógica. Donde el analfabetismo es una prolongada y callada realidad. País hermoso por la segura impiedad con que lo persigue una geografía alucinada. Bendito país construido con la sangre de nuestros hombres, para que fuese el tamaño de nuestra esperanza y nuestro riesgo. Tierno país de punas y quebradas, que fueron certero escollo para nuestra terca ilusión de unidad americana. Tierra amasada en el bronce hermoso de nuestros indios. País donde esta lengua española, que fue nudo umbilical con Occidente (nuestro cono de luz), resultó a un tiempo mismo dique oprobioso

que trazó en media población distancia vertical y profunda (nuestro cono de sombra). Nosotros queremos convertir este centenario en una lección de porvenir. Y con el porvenir nos comunica la ejemplar figura del héroe.

\* \* \*

Cuando un pueblo se ve representado en el gesto de un soldado, y ese gesto trasciende como el símbolo de una voluntad de acero, podemos decir que no está hecho el pueblo para la derrota. Podrá perderse, tal vez, una batalla o una guerra. Pero ese pueblo no está derrotado. No lo está si cultiva el amor y la veneración por el héroe. Ese amor anuncia que el pueblo tiene de sobrevivir en el tiempo. Cien años cumple ahora este prodigioso amor. Ese amor se transmite de generación en generación. La hazaña de Bolognesi ocurrió hace muchos años. Pero su gesto está vivo en nosotros, que no lo conocimos, como lo estuvo en nuestros padres, que tampoco lo conocieron, pero que nos transmitieron ese amor. Porque en ese amor a Bolognesi crece todos los años el Perú en el corazón de sus hijos. Ese amor es el recuerdo y la gratitud permanente de la patria.

25

No fue una frase la que perennizó a Bolognesi. Una frase es apenas un conjunto organizado de palabras. No fue una frase, sino lo que ella significaba en el momento en que fue pronunciada, y lo que representaba el hombre que tuvo el coraje de articularla. Un soldado. Un soldado peruano encargado de defender ante el enemigo una valiosa plaza militar. Sabía Bolognesi que esa plaza no podía entregarse. Sabía cuál era el precio que la patria solicita en instantes decisivos. Ante él estaban todas las generaciones por venir. Ellos le dieron la muerte, que aseguró su permanente vida en el bronce, su inmensa y repetida vida en el mar, su vida diaria en la consagrada gratitud de los hombres de armas, el amor con que hoy los peruanos pronunciamos su nombre, admiramos su gesto y comprendemos serenamente nuestra certeza de poderlo repetir el día que nos lo reclame la patria.

Cuando atravesamos la plaza Bolognesi, el monumento trata de recordarnos el gesto del soldado. Pero todos sabemos que el mejor monumento se halla, sin bronce

---

alguno, en un pedazo de tierra extraña. Cuando se visita a Arica, desde lejos proclama el Morro la vigente gloria del soldado, y nuestros ojos imaginan sobre el promontorio, bañada por puntuales olas espumosas, esa bandera que él supo enaltecer con su vida. Esa vida suya, que es la trabajada vida nuestra de hoy, y que es la vida incesante del Perú.

NOTA

\*\* Versión definitiva de una conferencia, cuya primera redacción integró un ciclo de conferencias dedicadas a la guerra. Esta se hace sobre una segunda redacción, que sirvió de base a la exposición hecha en julio de 1979 ante los Jefes y Oficiales de la Guarnición de Lima, en el Auditorium del Ministerio de Guerra. Mantengo los inevitables rasgos de oralidad de todo texto preparado para ser leído ante un auditorio determinado.